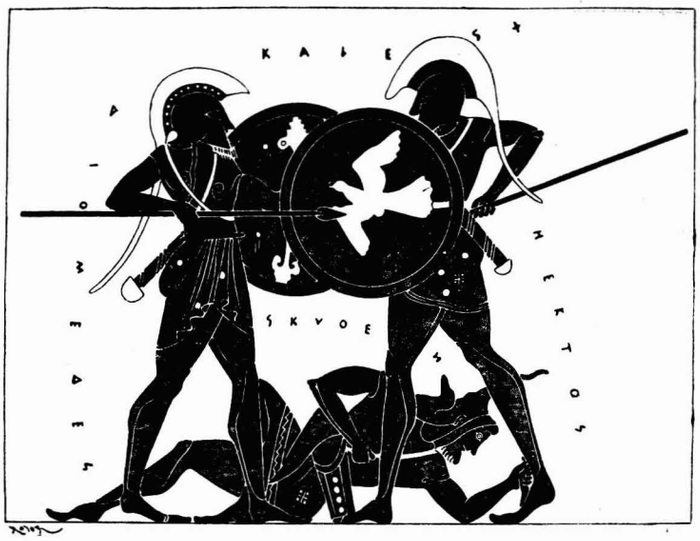
La feria de los días



En otro lugar de este número aparece, en versión castellana, *Helena*, una de las obras maestras del gran poeta griego contemporáneo Giorgos Seferis. Precédanle aquí algunos comentarios dispersos.

La lectura de una traducción inglesa de *Helena* constituyó, hace pocos años, mi primer encuentro con Seferis. Mi conocimiento del griego era entonces nulo, pero aun filtrado así el poema, éste no pudo menos de impresionarme; a tal grado que me prometí realizar, en día no lejano, su translado directo al español. Mantener esa promesa no ha resultado fácil: no sólo por los naturales escollos del griego moderno; el propio texto original del poema está lleno de alusiones y recovecos y de una musicalidad intransferible a otra lengua. Tengo por lo menos la satisfacción de haber cumplido al fin aquel entrañable propósito; su buen o mal éxito no me corresponde juzgarlo.

Giorgos Seferis es la misma persona que G. St. Seferiades, digno embajador actual de Grecia en Londres. Y es también uno de los mayores poetas del momento. Quiero, sin embargo, que la cálida prosa de Henry Miller sea la que lo presente:

"El hombre que ha atrapado este espíritu de eternidad que se encuentra en Grecia por todas partes, y que lo ha transplantado a sus poemas es George Seferiades, cuyo seudónimo literario es Seferis. Sólo conozco su obra en traducción, pero aunque no hubiera leído su poesía diría que éste es el hombre destinado a transmitir la llama poética. Seferiades es más asiático que cualquiera de los griegos que he conocido. Originariamente es de Smyrna, pero ha vivido muchos años en el extranjero. Es lánguido, vital y capaz de realizar sorprendentes proezas de fuerza y agilidad. Es árbitro y conciliador de opiniones y formas de vida opuestas. Plantea innumerables preguntas en un idioma poligloto, se interesa por todas las formas de expresión cultural e intenta abstraer y asimilar cuanto las épocas todas tienen de auténtico y fecundo. Es un apasionado de su país y de sus compatriotas, no por obstinado fanatismo patriótico, sino como resultado de un paciente descubrimiento hecho durante años de estancia en el extranjero. Esta pasión por su país es un rasgo específico del intelectual griego que ha vivido fuera. En otros pueblos tal actitud la encuentro desagradable; en el griego me parece justificable,

y no sólo, sino emocionante y llena de estímulos... A veces, [Seferis] me daba la impresión de ser un jabalí que se hubiera roto los colmillos en furiosos asaltos de amor y éxtasis. Había en su voz como una especie de cicatriz, como si el objeto de su amor, su querida Grecia, le hubiera mutilado, torpemente y sin saberlo, las notas agudas del grito. El melifluo pájaro cantor asiático había sido derribado más de una vez por un inesperado rayo. Sus poemas parecían joyas, haciéndose cada vez más compactos, más densos, centelleantes y reveladores. Su natural flexibilidad respondía a las leyes cósmicas de la curvatura y la finitud. Había dejado de saltar en todas direcciones; sus versos imitaban el movimiento circundante del abrazo. En él comenzaba a madurar

el poeta universal, a fuerza de enraizarse apasionadamente en el suelo de su tierra." (*Henry Miller.* El Coloso de Maroussi.)

A los renglones de Miller, publicados en 1941, añadiré por mi parte que la madurez de Seferis nos ofrece ahora la poesía plena y rica que desde un principio se anunciaba.

Respecto al poema: no quiero hablar de su *mensaje,* desgastado término que, sobre no aclarar nada, desorienta y confunde. Pero *Helena* es un poema político, en el mejor de los sentidos. Como lo es también su predecesor inmediato, la *Helena* de Eurípides, una de las creaciones más vigorosamente pacifistas en la historia de las letras humanas.

Pero dejemos que los versos se expresen por sí mismos.

—J. G. T.